

EL RETORNO

La lección de hoy tiene que ver con dos retornos: el de David a su tierra y el del Arca del Pacto a Jerusalén.

Dios el soberano decidió que mientras David vivía entre los filisteos, se cumpliera su juicio sobre la casa del Saúl: él y sus hijos perecían en la batalla de Gilboa. Saúl endurecido en su relación con el Señor y sin la presencia y el apoyo de Samuel, decidió consultar a una adivina si acaso podría ganar la batalla que enfrentaría el día siguiente. Dios permitió que Samuel mismo le recordara la sentencia divina, al día siguiente se cumpliría la profecía (ver 1 S 28:16-19 y 31:1-13).

Casi en paralelo, David tiene su reencuentro con el Dios que había conocido y en Quién se había deleitado en su más tierna juventud. No fue hasta el desastre en Siclag que David volvió en sí como el hijo pródigo para solicitar perdón y restauración al Señor por su desvío espiritual durante aquellos 14 meses en Filistea. Como resultado de su humillación y arrepentimiento, el Señor le permitió recuperar su familia y todo el botín con creces, además de recuperar el liderazgo entre su gente. Es muy interesante ver cómo Dios actúa en su soberanía: mientras David lamentaba el destrozo, Dios usó al ejército filisteo para destronar a Saúl y su descendencia allanando el camino al trono de David, su ungido (2 S 1:1). Y al quedarse David sin su parcela en Siclag, decidió volver a Hebrón, lugar donde se instalará al inicio de su reinado.

David no fingió el dolor por la muerte del rey Saúl, especialmente por quién debía haber sido el sucesor: Jonatán, quién además de ser su más íntimo amigo, fue un valiente guerrero leal a su padre que todavía ostentaba la autoridad en Israel. Leemos el lamento que compuso y que ordenó aprendieran los descendientes de Judá (2 S 1:17-18). No obstante, el camino al trono no fue sencillo ni sin costos, debido al reclamo de algunos familiares del rey muerto (el comandante Abner quería imponer a Isboset). La lucha se cobró la vida de algunos de sus valientes y David debió mediar ante la venganza de quién será su comandante en jefe: Joab. Finalmente, David logró que todas las tribus, incluidas las del norte, le nombraran su rey en Hebrón. Conquistó luego Sión arrebatándola a los jebuseos y asentó allí su trono por lo cual desde entonces fue conocida como la ciudad de David. El rey había aprendido la lección cuando los filisteos quisieron atacarlo: consultó con el Señor de los ejércitos si debía repeler el ataque y la respuesta de parte de Dios fue que Él mismo le entregaría al enemigo (2 S 5:25).

Pero el capítulo 6 del segundo libro de Samuel nos recuerda que, aunque el Señor por decisión soberana adquirió como pueblo especial suyo a Israel, todavía Su presencia en medio del pueblo debía ser reverenciada. En época de Moisés, la presencia de Dios en el monte santo producía pavor a cualquiera que se acercaba, la experiencia resultaba terrorífica y esto para que cada israelita tuviera en cuenta la Santidad de Dios reclamando el precio del pecado (Ex 19:10-24, 20:18-20).

David llevaba ya siete años reinando una nación ahora unificada. Su deseo consistió en unificar la adoración al Señor y centralizarla en la vida de Israel, por eso se propuso llevar el arca del pacto (símbolo de la presencia divina) al tabernáculo mosaico que se levantaba en Jerusalén.

Aunque Dios es omnipresente, deseaba (y aun desea) que su pueblo sea consciente de su presencia; por ello dispuso en la Torá y especialmente en Levítico las formas de acercarse ante Él. Tanto el tabernáculo como la responsabilidad sacerdotal eran un adelanto y símbolo de la persona y obra del Gran Mediador

Jesucristo. Hoy sabemos por la Biblia que sólo Él es el Gran Sacerdote que se presenta por cada uno de sus hermanos en el tabernáculo celestial intercediendo por los creyentes ante el Padre (1 Ti 2:5, 1 Jn 2:1, He 9:11-12). Cuando la iglesia se reúne a adorar, debe ser consciente de la misma santidad que destella la presencia de Dios en medio de su pueblo que proclama su nombre. Por ello la primera frase de la oración modelo nos insta a proclamar: Santificado sea Tu nombre.

El arca era una caja rectangular que contenía los 10 Mandamientos y, en días anteriores, al menos, la vara de Aarón que reverdeció y una olla de maná. Estaba hecho de madera recubierta de oro. Encima del arca estaba el propiciatorio, una sólida losa de oro sobre la cual el sumo sacerdote rociaba la sangre del cordero sacrificado una vez al año en el Día de la Expiación. El arca se guardaba en el Lugar Santísimo y siempre se mantenía cubierta cuando se la trasladaba de viaje. Los querubines son ángeles que moran en la presencia de Dios, impresionantes en su apariencia, estando asociados con el fuego y el relámpago y el resplandor cegador de la gloria del Señor (Ez 1:4-14; 10:3-22). Dos querubines de oro con sus alas tocándose cubrían el propiciatorio en el arca del pacto. Los únicos ojos humanos que podían verlo eran los del sumo sacerdote, y eso solamente una vez al año en estricta conformidad con los procedimientos que Dios había ordenado.

Sólo recordando el carácter de Dios y lo que el arca representaba es que podemos comprender la disciplina severa que Dios ejecutó por el descuido de quienes eran encargados de trasladarla. En época de Elí, cuando Samuel todavía no había sido nombrado Juez, el pueblo intentó sacar provecho del poder que emanaba del arca y la trasladó al medio de la batalla. Entonces el Señor permitió la derrota de Israel y el traslado del arca a tierra filisteas con las horribles consecuencias para un pueblo pagano que creía haber derrotado al Señor de los ejércitos (1 S 4,5 y 6).

Cuando los filisteos devolvieron el arca, ésta quedó en casa del Sacerdote Abinadab por casi 70 años. Uzá y Ajió eran sus hijos (o nietos), aunque debieron haber sido entrenados en el conocimiento meticuloso del servicio levítico, estos sacerdotes sugirieron trasladar el arca hacia Jerusalén en un carro nuevo, tirado por bueyes. No era lo que Dios había ordenado en su Ley en cambio, era una costumbre de los filisteos trasladar sus ídolos de esta manera (1 S 6:7). Cuando el arca se ladeó por el movimiento, Uzá fue rápido de reflejos, pero temerario al ignorar que podía tocar algo tan sagrado como su fuera un objeto personal doméstico.

¿Quién tomó real consciencia de lo que estaba pasando? No el resto de los sacerdotes, tampoco los músicos ni los danzantes, ni las esposas de David ni el pueblo. El único que se responsabilizó por el hecho fue el propio rey David (2 S 6:9-11). Ante la gravedad del asunto, ordenó que el arca quedara en custodia por 3 meses lejos de su casa. No estoy segura de que muchos hayan querido ofrecerse a tener el arca en su vivienda sabiendo que podrían padecer las plagas de quienes quisieron guardarla como amuleto o botín de guerra. Pero cuando se enteró que Dios demostró su agrado bendiciendo la casa del custodio, David decidió finalmente trasladarla tal como Dios había ordenado hacerlo.

¿Cómo es posible que el arca significara la muerte para una persona y deleite y bendición para otra? La respuesta se encuentra en el interior de cada corazón. Jesús enseñó a la samaritana que Dios buscaría a sus propios adoradores quienes adorarían a Dios en Espíritu y en Verdad. La adoración es verdadera o falsa desde el fondo de nuestro corazón. Hoy no vemos morir personas como Uzá o Ananías y Safira, pero eso no quiere decir que toda adoración sea genuina ni agradable al Señor. Esta lección nos lo recuerda.